

Ignacio Verdugo Cavada

El Tesoro

Afectuosamente, a Pedro Prado



POETA, haz que tu verbo semeje al arroyuelo
que siguiendo la humilde línea de su destino,
mientras copia en sus aguas la mirada del cielo
le canta a los guijarros que encuentra en el camino.

Sea tu voz lo mismo que el agua del estero
que hace vibrar su risa en la barranca oscura
y deja que se absorba tu corazón entero
en el ávida arena de la humana ternura...
Y canta, y sufre, y lucha para que tu lirismo
sea el Jordán radiante, la piadosa fontana
que nos lave, a manera del bíblico bautismo,
de este pecado enorme de la Tristeza Humana!...

Poeta: ¡Ya es la hora!

Arroja con el gesto de sembrador de aurora
hacia los cuatro vientos tu juventud sonora...
Que tu corazón sea como una gran campana
que anuncie la Alegría Universal!... y cuando
ante el eco glorioso de tu música sana
todos los corazones se queden repicando,
tú serás quien nos salve con su estrofa lozana
de este veneno amargo, de este crimen nefando,
de este mal incurable de la Tristeza Humana.

Como si fuese un nido,
sea cálido y suave todo tu pensamiento
y sea el pan, y el agua, y el brasero encendido
en la cabaña humilde que desmantela el viento.
Y por sobre las zarzas de esta vida tan vana
tiende, a modo de un puente, la piedad que te inviste
para que no se hiera la Triste Caravana
y economice lágrimas la Caravana Triste...
Y tu voz será venda delicada y liviana
sobre esta herida infecta de la Tristeza Humana.

Sé tú el árbol.—filósofo que de pie en el sendero
hace total entrega de su sombra al Viajero,
y que con el ejemplo de tus largas raíces
nos enseña a arraigarnos en un corazón tierno
o en una idea hermosa para vivir felices;—
sé tú el árbol piadoso que, aun en el invierno,
sin recordar sus hojas ni ver sus cicatrices
le brinda su refugio al pájaro bohemio
que cantó en tantas ramas sin pretender un premio:
(¡heroico desdén propio sólo de los del Gremio!...)
y abre tus brazos para la muchedumbre hermana
en el dolor, hermana en el amor y en todo
lo que es alto y es noble y es puro de algún modo.
Y haz que brille una quieta diafanidad cristiana
sobre esta noche oscura de la Tristeza Humana.

Y cuando el Hombre sea dueño de su Alegría,
de la que tú le diste como un rajah opulento
que desde las ventanas de su palacio un día
arrojase monedas al populacho hambriento;
cuando bajo los astros el Amor y el Deseo
hagan flamear al viento su triunfante divisa
y suba a los balcones la escala de Romeo
y tiemble ante Abelardo el pecho de Eloisa;
cuando Fulano Harapo comparta su miseria

con el rico que sabe que la fortuna es triste
porque enseña que el alma tiene precio en la feria...
cuando sea la Vida como un cálido chiste
hecho graciosamente de espíritu y materia;
entonces tú, Poeta, con el gesto profundo
del avaro que cuenta sus montones de oro
verás que has hecho tuya la fortuna del mundo,
verás que eres el único dueño de ese tesoro
que despreciara el hombre con su soberbia vana:
¡El Tesoro divino de la Tristeza Humana!!!...

IGNACIO VERDUGO CAVADA.

Junio, 1924.